

La Santa Misa - El Día del Señor - Parte 1 de 4

El 15 de agosto de 2021, Solemnidad de la Asunción, se restablecerá la obligación de asistir (estar presente) a la Misa presencialmente. Esto significa que, como cristianos católicos que viven en la Arquidiócesis de Filadelfia, debemos estar presentes en la Santa Misa los domingos y días de precepto. Nuestra ausencia lleva consigo el dolor del pecado. Las excepciones a esta obligación normalmente consisten en aquellos obstáculos que plantean factores graves físicos (enfermedad) o morales (exceso de miedo, ansiedad, etc.) que harían difícil, si no imposible, asistir a la Misa. Esto plantea la pregunta: ¿por qué es tan importante estar en misa el domingo? ¿Es "*solo una regla*" o más? Por dónde empezamos?

El mejor lugar para comenzar es desde el principio, desde el principio. Después de los seis días de la Creación, habiendo completado Su primera obra de amor a favor de la humanidad (crear y dar vida a la humanidad), Dios descansa en el séptimo día, el sábado. Leemos en Génesis: "*Dios bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él descansó de toda la obra que había hecho en la creación*"¹. Después de la liberación de Israel de Egipto, la observancia de este séptimo día estará codificada en los Diez Mandamientos: "*Acuérdate del día de reposo; consérvalo para santificarlo*"². Este día, el séptimo o sábado, para el pueblo judío es sábado.

La observancia del séptimo día se recuerda particularmente para que Israel pueda imitar a Dios, descansó el séptimo día, y recuerde la gran obra de salvación que el Señor realizó en su favor; liberándolos del trabajo servil para ser un pueblo peculiarmente suyo. Con Jesús, vemos el cumplimiento de la Ley Antigua. En Jesús, algunas partes de la ley se cumplen, ya que se completan y se hacen, otras partes se cumplen en el sentido de que se perfeccionan. En Jesús, el día del Señor definitivo, es el Domingo de Resurrección del Señor en el que Jesús vence al pecado y la muerte abre el camino al cielo para todos los que creen en Él.

El Papa Inocencio I, escribiendo a principios del siglo V, da testimonio de la costumbre de reunirse el domingo: "*Celebramos el domingo por la venerable Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, y lo hacemos no solo en Pascua, sino también en el cambio de la semana.*"³ El punto central de esta observancia de este día para los cristianos, particularmente los católicos, es la celebración de la Eucaristía.

En la Eucaristía, el sacrificio salvífico de Jesús se presenta de nuevo, se hace presente de nuevo, y a las personas que creen en él se les permite probar los frutos del árbol de la vida, la cruz, en la recepción de su propio cuerpo y sangre, bajo las formas de pan y vino. En la antigüedad, como ahora, era una característica definitoria del pueblo cristiano abstenerse del trabajo servil los domingos y reunirse para el "*partimiento del pan*". Compartiendo el único sacrificio de Cristo, el pueblo cristiano se convierte en uno.

Los cristianos se convierten plenamente en el Cuerpo de Cristo al participar en el Cuerpo de Cristo, la Eucaristía. Cristo es la cabeza y nosotros somos los miembros. Separados de nuestra cabeza, por el pecado o por nuestra propia negligencia, no somos muy diferentes a un miembro cortado de un cuerpo perfectamente sano; más muerto que vivo. Por el bautismo, estamos hechos para la comunión. La observancia del Día del Señor cumple este deseo y deber de un corazón agradecido.

¹ Gen 2:3

² Ex 20:11

³ Citado de Juan Pablo II, Dies Domini, Carta apostólica sobre la santificación del día del Señor, 11

~ P. Matthew Biedrzycki, Parochial Vicar, Cathedral Basilica of Saints Peter and Paul, Philadelphia